Fundación Sin Fines de Lucro
Declarada de interés especial por la Legislatura del Gobierno de la Ciudad

www.cineclubnucleo.com.ar

Exhibición n° 6799 6800 Martes 3 de abril de 2007
Temporada n° 54 **Cine MONUMENTAL 1**

ALATRISTE (*Ídem.,* France / España / Estados Unidos –2006). *Dirección*: AGUSTÍN DÍAZ YANES. *Argumento:* sobre novelas de Arturo Pérez-Reverte. *Guión*: Agustín Díaz Yanes. *Director de fotografía:* Paco Femenia. *Montaje:* José Salcedo. *Mezcla de sonido:* Pierre Gamet. *Música original:* Roque Baños. *Dirección de arte*: Benjamín Fernández. *Elenco*: Viggo Mortensen (Diego Alatriste y Tenorio), Elena Anaya (Angélica de Alquézar), Carlos Bardem, Pilar Bardem (Monja), Nicolás Belmonte, Javier Cámara (Conde Duque de Olivares), Jesús Castejón (Luis de Alquézar), Antonio Dechent (Garrote), Nadia de Santiago (joven Angélica), Juan Echanove (Francisco de Quevedo), Eduard Fernández (Sebastián Copons), Francesc Garrido (Martín Saldaña), Ariadna Gil (María de Castro), Cipriano Lodosa, Pilar López de Ayala (sirvienta de Malatesta), Enrico Lo Verso (Gualterio Malatesta), Cristina Marcos (Joyera), Javier Mejía (Príncipe Charles de Wales), Christophe Miraval (Capitán francés en Rocroi), Yvonnick Muller (soldado alemán), Eduardo Noriega (Conde de Guadalmedina), William Rory O'Brien (Duque de Bristol), Alex O'Dogherty (Lope de Balboa), Francesc Orella (Bragado), Joaquín Ortiga, Nacho Pérez, Blanca Portillo, Jesús Ruyman (Capitán Mayor de Rocroi), Artur Sala (Dominico Viejo), Paco Tous, Unax Ugalde (Íñigo de Balboa), Quim Vila (Marqués de Buckingham), Luis Zahera (Pereira), Eduardo Aránega, Ángel Luis Cazor, Antonio Resines, Francisco Vela. *Productores*: Álvaro Augustín, Antonio Cardenal. *Productores ejecutivos*: Belén Atienza, Íñigo Marco. *Productoras:* Estudios Picasso, Origen Producciones Cinematograficas S.A., Telecinco. *Duración original:* 145’.

Este film se exhibe por gentileza de Fox Searchlight Pictures.

El film

En extrañas ocasiones los cuerpos celestes se alinean para sugerir favorables augurios, alentadores presagios. Bajo esta estela de positivos signos parece haberse fraguado este **Alatriste** largamente anunciado, feliz conjunción de un director, Agustín Díaz Yanes, un escritor, Arturo Pérez-Reverte y un actor, Viggo Mortensen, sustentos básicos de las andanzas de Diego Alatriste, soldado veterano de los tercios de Flandes, vigorosa y desencantada semblanza de una época cargada de claroscuros, en los estertores de un imperio cansado y arruinado por interminables guerras, corrupción y oscuras intrigas.

Agustín Díaz Yanes, principal artífice de este proyecto, tuvo un vibrante debut en la realización con **Nadie hablará de nosotras cuando hayamos muerto**, una de las mejores películas españolas de la pasada década, y si bien la irregular **Sin noticias de Dios** se resentía de un exceso de complicación, como suele ocurrir en segundas obras tras un éxito inicial, pese a sus innegables hallazgos y poder de seducción, parece claro que a la hora de acometer este trabajo se encuentra en un momento de absoluta plenitud creativa. Construye un guión que aúna las cinco novelas publicadas hasta la fecha del popular personaje, logrando aprehender el espíritu que planea sobre los textos, aspecto más escurridizo de toda adaptación. Bajo estas aventuras subyace el valor de unos soldados que no conocían otra forma de vida, sometidos a arbitrarias decisiones de ineptos monarcas y corruptos gobernantes, condenados a emprender gestas inútiles o imposibles, e introduce lúcidos apuntes sobre cuestiones como nobleza o lealtad ("no era el hombre más honesto ni el más piadoso, pero era un hombre valiente...") cubiertas de ambigüedad moral.

La intención de condensar en un solo film tantos capítulos es una arriesgada apuesta, un exceso de ambición acaparar tanto material que se traduce en una sucesión de tramas que, a veces, se despachan de forma confusa o precipitada, un buen número de personajes episódicos, algunos tristemente desaprovechados (Pilar López de

Ayala, mera participación testimonial) e inevitablemente, un exceso de metraje. Esta dispersión narrativa, cierto decaimiento del ritmo y una atmósfera demasiado oscura y opresiva, se compensan cuando todo ello desemboca en un memorable tramo final, en el que los soldados que hacían girar la quejumbrosa rueda del imperio combaten contra el ejército francés en Rocroi.

El cineasta logra conjugar el necesario aliento épico de la historia con un trasfondo intimista, la espectacularidad como cinta de aventuras junto al desarrollo emocional de su protagonista. Las contradicciones en la figura de Alatriste, misterioso y taciturno, se perfilan en la pugna entre su condición de mercenario y sus opacos sentimientos, en sus amargos amores con una actriz, María de Castro (Ariadna Gil) y el especial vínculo, con aureola de *western*, con su protegido Íñigo Balboa (Unax Ugalde), maestro y alumno, veterano y aprendiz. El largo recorrido muestra su progresivo cansancio, su soledad y decepción, sabedor de la inutilidad de sus esfuerzos por mantener la dignidad, resumido en un triste y bellísimo instante, cargado de resonancias, en el que contempla la sencilla libertad de unos pájaros que surcan el campo de batalla. Las secuencias finales tienen el aire de los últimos días, de huida de sí mismo y aceptación del trágico destino, trazadas con austeridad y grandeza, desbordantes de emoción.

Las luces y las sombras de la época del Rey Planeta quedan plasmadas en la composición de hermosos planos que recuerdan las paletas de los pintores de aquel tiempo. No es fortuito que Alatriste observe embelesado el lienzo de *El aguador de Sevilla* de Velázquez, el espíritu del director está mucho más cerca de los seres que pueblan estas pinturas populares del maestro sevillano que de sus retratos cortesanos, evidencia su interés por la miseria y orgullo de una sufrida población que soportaba la presunta grandeza, y se sumerge en el lodo y las ciénagas de las guerras, con una rigurosa ambientación. Juega con una iluminación que define las conciencias, esconde parte de ciertos rostros en la oscuridad, haciéndoles hablar desde la negrura de sus almas. Esta riqueza visual, gracias también a una espléndida dirección artística, se completa con una arrojada puesta en escena de los brillantes duelos y en la composición de las secuencias bélicas.

Todo esto no se sostendría sin el tercer puntal, por supuesto, la inmensidad de un Viggo Mortensen que es Diego Alatriste, sumido en una total identificación física y mental con su personaje, al que dota de una dimensión casi mística, de una mirada melancólica y descreída. Es toda una ventaja para la producción, además, que un actor de su tirón hable castellano, arrastrado y creíble, sin tener que recurrir al irritante doblaje. La destreza del autor para la dirección de actores queda de nuevo patente en el esfuerzo y entrega del larguísimo reparto convocado, intérpretes que declaman unos elegantes diálogos que desprenden sonoridad y casi por momentos poesía, aunque algunos encajen mejor que otros en sus papeles. Estupendo, como siempre, Eduard Fernández, fiel compañero Coppons, y magnética Elena Anaya como Angélica de Alquézar.

Más allá de la revisión histórica y de sus aventuras, Agustín Díaz Yanes desarrolla con maestría el sustrato humano de la historia, trasladable por tanto a cualquier época, incluso a la actualidad, y al igual que su primer film, éste también podría estar dedicado a los pobres “esos príncipes que tienen que reconquistar su reino”. Su talento saca adelante esta ingente tarea, pese a las evidentes dificultades y desequilibrios, y este esfuerzo y la holgura de medios se extienden en el resultado final.

(Miguel Laviña Guallart, extraído de www.labutaca.net)

La entidad del **Alatriste** de Díaz Yanes se asemeja a la de un viejo cinturón: apretado, firme y asfixiante, material sucio y grietoso, ricos adornos de pasamanería que han perdido el brillo de antaño, y un broche final metálico, áspero, cortante y sin vuelta de hoja. Un camino largo que Pérez-Reverte aún no ha concluido en su saga novelesca y que Díaz Yanes, con un poco de imaginación y un mucho de arrojo, ha conseguido apretar, cortando sólo la respiración del espectador, en su adaptación a la gran pantalla.

Situadas en un mismo nivel las expectativas de lectores fieles, cinéfilos escépticos y primerizos curiosos, la tarea de llevar al cine uno sólo de los libros del capitán Alatriste suponía riesgo y dinero. La firma de esta producción se salda, pues, con gran riesgo y un espíritu que, de ser conocido desde el principio, no otorgaría tantos billetes. Lo cual dice mucho en su favor: el guión de **Alatriste** se empapa de las subtramas de cada novela –unas más, *El oro del rey*, *El caballero del jubón amarillo*, y otras menos, *Limpieza de sangre*– sin convertirse en un mosaico de piezas encajadas con mal pegamento; Yanes construye aquello que aún no está escrito sin traicionar el alma y la coherencia de la historia –el futuro de Angélica de Alquézar, la batalla de Rocroi–, y se entrega sin miedo alguno, gritando lo que haga falta, a un sentir muy español y a un

estilo visual que ni debe nada ni se acerca a lo anglosajón. Esta es la manera en que los españoles sabemos hacer bien las cosas sin traicionarnos a nosotros mismos, aunque al director se le escape de vez en cuando algún molesto alarde de orgullo nacional, como el plano congelado final o el repetido gesto del capitán que lanza su sombrero a cámara. En todo caso, **Alatriste** defraudará al sector de público sediento de más acción mitológica y medieval –pues las peleas son pocas y crudas–, mientras que alimentará a cucharones a los ahítos de ese mismo género.

Una película que puede entenderse y verse como universal –todo país e imperio ha vivido su auge y su caída, y las guerras, en todo siglo, han presentado el mismo sentido y los mismos resultados–, pero que, ante todo, habla a una España envejecida, repoblada de jóvenes que no entenderán qué fue eso de Flandes y en qué idioma hablan personajes tan pintorescos. **Alatriste** se ve con pesar y emoción, dejando el regusto de los viejos vinos olvidados en un rincón de la memoria, reconociendo en ella nuestro pasado y nuestra herencia: así pinta Yanes el Madrid mugriento, los palacios marmóreos y fríos, la nobleza que cruje por dentro y por fuera, envuelta en terciopelo; las trincheras que callan y al momento estallan, los paisajes históricos que remiten con descaro a nuestros pintores más notables –tal es el caso de la famosa "Rendición de Breda" pintada por Velázquez–. Una puesta en escena espectacular que no se va de vacío; acorde con los propios valores de los personajes, la atmósfera es siempre gris y engañosa, los espacios se repliegan en dobleces o se cierran sobre sí mismos, recorridos sin artificios por una cámara grave y directa; la banda sonora, poblada de ruidos rústicos y pétreos, pone el sello imborrable a un cierre que se declara orgulloso, pesimista, resignado y digno: todos los sentimientos de la película, todo lo que para Alatriste y Pérez-Reverte significa ser español. (...)

(Almudena Muñoz Pérez, extraído de www.labutaca.net)

Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 48254102, o escribiendo a nucleosocios@argentina.com

Todas las películas que se exhiben deben considerarse **Prohibidas para menores de 18 años.**